

Si bien muchos jóvenes eligen el ciclo de Formación Profesional según la oferta que descubran en su barrio o ciudad o según las modas del momento, hay que tener en cuenta que lo importante es conocerse a uno mismo y saber cuáles son los propios intereses y motivaciones. En un mundo cambiante como el nuestro, lo principal muchas veces es saber quiénes somos, y qué objetivos perseguimos, para así poder adaptarnos a los nuevos tiempos sin perder el camino que hemos elegido. La resistencia ante los imprevistos de la vida pasa por tener claras las propias prioridades.

13. La Educación Superior

Para muchos jóvenes, el acceso a la Educación Superior, que engloba la Universidad y los Ciclos Formativos de Grado Superior, simboliza el tránsito de la adolescencia a la vida adulta. En estos años, los jóvenes no sólo se preparan para ser unos competentes profesionales, sino que también tienen el gran desafío de tomar la vida en sus manos y desarrollar un ejercicio responsable de su libertad. Son muchos los retos que en esta etapa nuestros hijos tendrán que afrontar, pero no estarán solos. Todos los que participamos en su educación somos corresponsables de este proceso. Nosotros los padres, los hijos, la familia, el centro escolar, la universidad compartimos un gran reto: convertirnos en una comunidad de aprendizaje. Pero ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo podemos ayudarles en este momento tan decisivo de sus vidas?

Conocer lo que la vida depara a nuestros hijos en cada etapa, saber los retos a los que han de enfrentarse, y buscar la manera de capacitarles para vivir desde un sentido ético puede ser una buena hoja de ruta para ayudarnos a realizar esta labor. Veamos lo que la etapa de la Educación Superior ofrece a nuestros hijos ya sea como oportunidad o como desafío.

1. Descubrir su camino y su lugar en la vida

La etapa de la formación superior no comienza el primer día del curso académico. Más bien se hace presente en la vida de nuestros hijos de manera gradual, conforme han de afrontar dos de sus primeras decisiones vitales en su tránsito a la vida adulta: ¿Qué carrera o Ciclo Formativo de Grado Superior estudiar?, y la segunda: ¿Dónde cursarlo? Para muchos son tiempos de incertidumbre, de búsqueda, de dificultad. En estos momentos, nuestros hijos necesitarán un gran apoyo, mucha escucha y una certera información. Necesitarán que les ayudemos a conectar con sus capacidades, sus motivaciones, con aquello que para ellos es importante y les da sentido a lo que viven.

2. Ser un profesional competente

Nuestros hijos son los protagonistas de su formación. Lo notarán más y más a medida que se responsabilicen de su propia vida y sus decisiones. Aunque disfruten de una atención personalizada por parte del profesorado, ellos tendrán que asumir este compromiso inherente a su deseo de convertirse en adulto. Para ello, será fundamental que se impliquen activamente en su formación y vayan desarrollando aquellas competencias y habilidades que les capacitarán para devenir en un profesional en el que confiar: sólido en sus conocimientos, eficaz, riguroso, con un profundo análisis de la realidad, abierto a cuestionarse sus puntos de vista para alcanzar una mejor perspectiva y ser, allá donde

trabaje, una buena persona, comprometida con el bien común.

3. Desarrollar un pensamiento reflexivo y creativo

Para ser un profesional cualificado es esencial que nuestro hijo quiera desarrollar su capacidad de aprender, su deseo de afrontar la complejidad de la vida, de buscar la verdad de las cosas y no quedarse con las apariencias o con una realidad maquillada por ideologías estériles. En esta etapa, como en otros momentos vitales será muy importante que sea capaz de pensar por sí mismo. Ha de aproximarse con lucidez ante lo que acontece y, sobre todo, ser tenaz en el ejercicio del saber, intentando aportar nuevas formas de dar respuesta a las encrucijadas que irá encontrándose en su vida profesional y personal.

4. Elaborar una identidad propia

Aunque conocernos a nosotros mismos sea una asignatura obligatoria durante toda la vida, tanto en la Universidad como en los Ciclos Formativos de Grado Superior, las experiencias y el entorno que se ofrece supondrán una gran fuente de autodescubrimiento. A lo largo de estos años, nuestros hijos tomarán decisiones, perfilarán su desempeño profesional y se harán cargo de sí mismos, lo que les obligará a ser conscientes de quiénes son y de lo que quieren llegar a ser y a asumir su personalidad y su carácter. Tendrán que revisar la imagen que tienen de sí mismos, dejarse interpelar

por otros y la vida y, con humildad, ser capaces de acoger toda su potencialidad y sus limitaciones.

5. Convertirse en un ciudadano comprometido socialmente

Por mucho que el individualismo sea premiado en nuestra sociedad, la realidad es que nuestros hijos se juegan mucho dependiendo de cómo se sitúen ante los otros y ante las circunstancias que les tocará afrontar. Difícilmente serán buenos profesionales si descuidan las relaciones interpersonales, es decir, si se quedan ensimismados en sus cosas y se olvidan de los demás. Cada vez son más los empleadores que buscan jóvenes capaces de ponerse en el lugar de los otros, que trabajen en equipo y que sepan colaborar en favor de una meta común. En definitiva, que busquen hacer nuestra sociedad más justa y humana a través de su conocimiento y desempeño profesional.

6. Ser un buen compañero y amigo

Todos sabemos lo importantes que son los amigos en la vida. Con ellos somos capaces de reconocernos en lo que somos, revelar nuestra pequeñez y compartir nuestras grandezas. Ellos alivian nuestro caminar cuando la vida se nos hace cuesta arriba, y están a nuestro lado para celebrar nuestra felicidad. Otorgar a una persona el título de amigo dice mucho de ella. Nos habla de una persona que confía y es confiable, una persona

que es leal, respetuosa, amable, generosa, congruente. La amistad es un indicador de nuestra forma de relacionarnos e implicarnos con los demás y de nuestra calidad humana.

7. Elaborar una escala de valores desde la que actuar

Todos, seamos conscientes de ello o no, tenemos un sistema de valores que constituye nuestra manera de proceder. Éste incide en nuestra percepción de la realidad, en nuestra manera de priorizar la vida y sentir el mundo, y en nuestra forma de comportarnos. Al igual que nuestra identidad, los valores no son algo que adquirimos al llegar a la educación superior, sino que los vamos interiorizando desde la infancia. A menudo son estos valores los que van a tener un papel fundamental en la elección vocacional de nuestros hijos y en su decisión de cómo dan sentido a su vida. Dependiendo de la coherencia que exista entre los valores familiares, escolares y aquellos que formen parte de la comunidad educativa, habrá un mayor o menor contraste y cuestionamiento personal y una mayor o menor urgencia de encontrar los propios criterios éticos y morales.

A partir de este punto centraremos nuestro enfoque en la Universidad, dado que en el capítulo anterior ya se ha tratado la Formación Profesional con mayor detenimiento.

La vida universitaria no empieza con el inicio del curso académico, sino a partir del momento en el que nuestros hijos toman la decisión de estudiar una carrera u otra y se preparan para entrar en ella. La Universidad es una oportunidad excelente de forjarse una identidad propia, conocer qué es lo que les motiva, qué valores defenderán con su desempeño académico y laboral, y también es un buen momento para conocer a otras personas, hacer nuevos amigos y convertirse en un ciudadano responsable y solidario.

¿QUÉ HA DE SER LA UNIVERSIDAD?

1. Un espacio de vida desde el que desarrollar a toda persona

La Universidad tiene una gran responsabilidad ante las familias y ante la sociedad. Como comunidad de aprendizaje desempeña un papel fundamental en el desarrollo integral de nuestros hijos. Si la Universidad sólo favoreciera el crecimiento de la dimensión cognitiva e intelectual estaríamos fracasando. No hay competencia profesional que no esté asentada en un desarrollo armónico de todas las dimensiones del ser: la inteligencia, la afectividad, la espiritualidad, nuestra dimensión relacional y un sentido ético de la vida. De ahí la importancia de que nuestros hijos tengan la oportunidad no sólo de aprender los conocimientos de su futura profesión, sino también de parti-

cipar en actividades deportivas, culturales, solidarias, etcétera.

2. Un espacio de encuentro y diálogo

Si bien resulta necesaria una especialización en la propia formación, es fundamental que la Universidad, como casa del saber, pueda conjugar de forma interdisciplinar el análisis de aquellos aspectos de la realidad que nuestra vocación nos invita a conocer y a responder. El emprendimiento y la innovación requieren de un diálogo interdisciplinar que busque, a la vez, honra y universalidad.

3. Un espacio en el que interiorizar un liderazgo de servicio

Nuestros hijos serán los líderes del mañana. En ellos confiaremos el progreso de la sociedad y la construcción de la ciudadanía. No sólo tendrán que responsabilizarse de la realidad y cargar con ella, también tendrán que preguntarse qué pueden hacer ante los graves problemas que experimenta la sociedad en el siglo XXI, y actuar en consecuencia.

No hay ciencia, rama del saber, enseñanza ni investigación que no lleve consigo unos valores. Toda observación siempre está cargada de teoría y de unos valores desde los que nos acercamos a la realidad. Es difícil dar aquello que no se tiene. De ahí la responsabilidad que los educadores tienen ante nuestros hijos. La Universidad debería ser ese

espacio en el que, por «contagio», nuestros hijos aprenderán los valores de sus profesores y del personal de administración y servicios: honestidad intelectual, respeto, ser una persona íntegra y responsable, veraz y perseverante, disponible y accesible... Todo ello se transmite en el día a día, en los detalles, el respeto y el aprecio mutuo.

Aunque el inicio de la Educación Superior coincida con la mayoría de edad, nuestros hijos nos necesitan, aunque de un modo diferente que antes. La conquista de la emancipación personal tardará unos años en llegar. Ayudémosles, desde nuestra cercanía y aceptación, a que puedan identificar sus capacidades, sus recursos, sus límites y sus fracasos. Que sepan qué les toca y conmueve su corazón. Y aunque no coincidan con nosotros, o con nuestras expectativas, permitamos que conecten con lo que los moviliza y los ayuda a tolerar la frustración cuando las cosas no salen como ellos esperaban, o cuando los resultados tardan en llegar y deben aprender a perseverar.

Ser adultos implica un ejercicio responsable de nuestra libertad y asumir las consecuencias que los propios actos pueden provocar en nuestro entorno y en la sociedad. Como otros aprendizajes del vivir, exige paciencia, pues se trata de un proceso gradual. También necesitamos saber perdonarnos y perdonar, sobre todo cuando nuestros actos no cumplen nuestras expectativas o generan dolor y desencuentro con otras personas.

En estos años de juventud, ayudar a nuestros hijos para que se independicen emocionalmente supone una gran generosidad por nuestra parte. Requerirá estar a la distan-

cia justa para dejarles espacio para volar, sabiendo que cuando el temor les paralice, o sientan el peso de la vida, siempre encontrarán la incondicionalidad de nuestro amor y nuestra presencia.

SEIS CLAVES PARA PREPARAR A NUESTROS HIJOS EN ESTA ETAPA

Ayúdales...

- ... a que se conozcan con y en verdad.
- ... a que sean buenos amigos de sí mismos y se comprometan con su propio crecimiento.
- ... a que se interesen por las cosas. Despertemos su curiosidad por aprender.
- ... a que salgan de su egocentrismo y se preocupen por las personas.
- ... a que se responsabilicen de las consecuencias de sus propios actos.
- ... a que desarrollen un sentido ético de la vida.